

LIBRO SEGUNDO

DE LOS ELEMENTOS DE LA PASIÓN

CAPITULO PRIMERO

DE LA IMPRESIONABILIDAD

Sentio, ergo sum.

I

Los biógrafos de Descartes dicen que éste sintió en su juventud la pasión del juego, de la que no logró triunfar sino á fuerza de voluntad y filosofía. Este momento de delirio sería en extremo fugaz y ciertamente lo habría olvidado ya el filósofo, cuando David Hals nos lo pinta con aquella dulce y plácida fisonomía, iluminada por una expresión de imperturbable serenidad, desafiando la pasión. En cuanto á nosotros, no podemos imaginarnos el ilustre autor del *Discurso sobre el método*, sino ajustándole á un temperamento linfático y un cerebro muy ricamente dotado en su parte intelectual, pero escaso en su parte afectiva. El autor del *Tratado de las pasiones* no ha descrito dogmáticamente el extraño mecanismo cerebral de la pasión, sino tal como él se lo imagina, siendo muy á menudo presa de la influencia de los fenómenos morales que estudiaba. Así, cuando busca una base para su filosofía, después de reflexionar tranquilamente, le vemos dar por cimiento al

edificio filosófico que trata de construir, *el pensamiento*, la conciencia de los fenómenos intelectuales. Parece que desprecia absolutamente los demás fenómenos de conciencia, puesto que si la proposición: *Cogito, ergo sum*, es incontestable, las siguientes no lo son menos: «Veo, luego existo; sufro, luego existo; tengo hambre, luego existo. etc.» En una palabra, todos, absolutamente todos los fenómenos de conciencia, nos prueban hasta la evidencia que vivimos, que existimos. Pero el tranquilo Descartes, entregado, al menos en este momento de su vida, á especulaciones puramente intelectuales, se limita á los actos que forman el fondo de su vida cerebral, dejándonos así mucho que rebuscar en el campo del estudio filosófico.

Entre los fenómenos de conciencia, un grupo sumamente importante ha sido olvidado, ó desdeñado, por los filósofos. Algunos, que lo han entrevisto, lo han confundido con las sensaciones y lo han descrito muy imperfectamente. Nosotros lo denominaremos *grupo de las impresiones*.

La impresión es un fenómeno cerebral cuyos caracteres son los de ser siempre pasivo y nunca indiferente. La impresión puede definirse: todo sentimiento de placer ó de dolor abstractamente considerado y libre de todo otro elemento psíquico; caso bastante raro en la realidad, como tendremos ocasión de ver más adelante, pues casi siempre la impresión reacciona sobre las facultades para estimularlas, embotirlas ó hacerlas obrar en un sentido dado. La impresión es el acto aislado, el modo de una importante facultad, ó más bien propiedad cerebral, que designaremos con el nombre de *impresionabilidad*.

Para nosotros, médicos, habituados á considerar el hombre bajo sus aspectos menos poéticos, á interesarnos en todo lo que es humano, la impresionabilidad no merece, en modo alguno, el desdén de la filosofía. Nosotros, lejos de relegarla á las honduras psicológicas, la consideramos como una de las más importantes propiedades del ser. Placer ó dolor: he ahí sus dos modos; móviles más ó menos visibles de todos los actos de que nosotros tenemos conciencia, verdaderos centros de atracción á cuyo alrededor se agrupan todos los actos

cerebrales, como las partículas de hierro á los polos del imán.

Al primer vistazo parece imposible agrupar las impresiones en distinta forma que la antedicha, pero generalizando se llega á una clasificación más precisa y racional. ¡Qué diferencia, en efecto, entre el placer causado por el bienestar de una salud perfecta, el que proporciona al goloso una comida succulenta, y la impresión agradable que acompaña á un interesante trabajo intelectual, ó bien á los goces puramente afectivos! ¡Qué diferencia aún entre estas últimas impresiones morales y las que dispierta en nosotros la contemplación de una sorprendente obra artística, la audición de una melodía conmovedora! Sí; la impresionabilidad, como propiedad fundamental, es una; pero las diferentes causas que la ponen en juego, dan lugar á impresiones asimismo variables: un instrumento es susceptible de dar multitud de notas.

II

Si se examina el cerebro en busca de las causas que pueden producir en el hombre impresiones de pena ó de placer, se ve que este órgano puede ser halagado de una manera agradable ó dolorosamente herido por el funcionamiento más ó menos regular de la vida nutritiva. El *yo* filosófico no puede aislarse de la vida orgánica. Al empezar el estado prodrómico de una enfermedad próxima á estallar, se experimenta una impresión de malestar general. Estas impresiones vagas y prosaicas que la filosofía romántica ha siempre desdeñado, son los ecos de una modificación general del ser, dependen *totius substantiæ*, son los grados termométricos de la vida orgánica, y juegan en psicología un papel importantísimo. Todas las facultades cerebrales, así las más elevadas como las más humildes, sufren su influencia. La imaginación y la inteligencia, estas nobles hijas de la célula nerviosa, se aplacan ó exaltan según el estado de su base orgánica. En vano lucha la voluadad contra esas inexorables necesidades materiales: las alas del ángel se despliegan ó se cierran sin tener en cuenta para nada nuestro deseo.

Este malestar patológico, puede compararse al abatimiento profundo que sigue á todo abuso de fuerza vital; es decir, al funcionamiento excesivo de un órgano, ó de un conjunto de órganos, de lo que resulta la oxidación más rápida de los elementos que los constituyen, en resumen, una gran pérdida material. Este abatimiento es una advertencia que nos da la vida nutritiva, de la cual debemos aprovecharnos. Si, por el contrario, todo funciona bien, se goza de un delicioso bienestar, nos encontramos dispuestos para cualquier cosa; parece que desafiamos todos los peligros: las facultades funcionan con toda la energía de que son susceptibles. Esto indica que en nosotros la hematosis es activa y perfecta, que una sangre vivificante baña el órgano del pensamiento; que los alimentos son digeridos y asimilados sin que la máquina haga esfuerzo alguno para ello; sobre todo, que el movimiento de nutrición íntima, la corriente material á través de nuestros tejidos por endósmosis y exósmosis, así como las oxidaciones y regeneración de éstos, que son su consecuencia, se efectúan regularmente y sin dificultad. Cada órgano, cada elemento de nuestro ser, vive fácilmente y da aviso de ello á la conciencia, al *yo* psicológico dominante en el encéfalo, por medio del más importante de los tejidos: del tejido nervioso. Multiplicar los ejemplos sería inútil. Estas modificaciones de la impresionabilidad, dependientes de la vida nutritiva, las denominaremos, naturalmente, *impresiones nutritivas*.

III

Acabamos de examinar las impresiones que producen en el ser cerebral los fenómenos vitales al verificarse en las diversas regiones del cuerpo. Las relaciones con el mundo exterior son la causa, el origen de impresiones de color diferente.

En el estado normal, los aparatos especiales, los hilos nerviosos conductores que unen el hombre al mundo exterior, no producen en nosotros sino sensaciones, es decir, *impresiones indiferentes*, por decirlo así; pero si la vibración de las fibras se exagera, bien pronto la sensación se transforma en verdadera impresión:

se convierte en dolor ó placer. Por ejemplo, el tacto regular, simple, nos advierte la presencia de cuerpos extraños á nuestro pobre microcosmo. Pero si uno de estos cuerpos, chocando violentamente con nuestros tejidos, les causa una contusión, desgarras ó lacera, experimentamos instantáneamente un vivo dolor.

Por encima de los límites del tacto están todavía el cosquilleo, el tacto genésico, impresiones voluptuosas, francamente materiales. El gusto, el olfato, nos proporcionan asimismo un gran número de impresiones; muchos más, quizá, que sensaciones.

Hay un carácter común á los sentidos de la voluptuosidad, del gusto y del olfato: á pesar de la intensidad de las impresiones que producen en nosotros, nos es absolutamente imposible representarnos éstas por el solo trabajo de la imaginación. El caso contrario es del todo excepcional; algunos glotones se imaginan, dicen, las impresiones gustativas con tal limpieza que la boca se les hace agua.

Relativamente al poder de impresión, el sentido del oído se ordena inmediatamente después que el del gusto. El placer sensual producido por ciertas melodías es enteramente comparable al sabor azucarado. No me refiero aquí más que á la impresión puramente sensitiva, renunciando á pintar otras impresiones más elevadas, más vagas, más cerebrales, si así puede decirse, producidas por la música.

La impresión de placer sensitivo que se experimenta por la contemplación de un bonito color, de un bello paisaje, de una preciosa obra de arte, es mucho menos viva que la sensación ó, por mejor decir, que la impresión musical. Esta, quizá no exista sino para cierto número de hombres especialmente dotados, ya originariamente, ya por educación. Mas esta carencia de placer físico está largamente compensada por la claridad de la percepción y su importancia intelectual.

Puédense dividir los sentidos especiales en dos categorías bien distintas: sentidos localizadores y sentidos exteriorizadores. Los primeros, á saber: el tacto, el gusto, el olfato, representan en ideología un pobre papel, mientras que la vista y el oído tienen una enorme importancia intelectual. El oído sirve de transición en-

tre los sentidos localizadores y los de exteriorización, puesto que, además de esta última facultad, puede la oreja producirnos sensaciones localizadas análogas al sabor, al olor, etc. Hemos mencionado ya ciertas sensaciones, ó más bien impresiones musicales. El ojo, por el contrario, no localiza; es el sentido localizador por excelencia y por lo tanto el brazo derecho de la inteligencia en sus relaciones con el mundo exterior. La patología suministra respecto á este particular hechos sumamente curiosos. En 1862 un alienado atacado de catarata fué operado en Montpellier por el doctor Bouisson, devolviéndole la operación la vista y la razón á un mismo tiempo. Muchas veces los oftalmólogos han observado casos de delirio nervioso en cataratas operadas por extracción y sometido el paciente después de la operación á la aplicación del vendaje ocular. Para dormir, es decir, para abdicar nuestra inteligencia, buscamos la oscuridad y casi todos los animales obedecen á la misma ley.

De esta diversidad de papeles que representan los sentidos especiales, resulta que las *impresiones sensitivas* son variables según el sentido á que hagan referencia.

La vista nos proporciona impresiones no localizadas, casi cerebrales; sucediendo á menudo lo mismo con el sentido mixto del oído.

Las impresiones sensitivas verdaderamente típicas las debemos á los tres sentidos localizadores, que podríamos desde luego llamar *tactibles*. Su carácter distintivo es el de continuar las sensaciones de las cuales no son más que la exageración; empezando precisamente cuando la sensación acaba de ser indiferente y no teniendo nunca un límite fijo. Una sensación puede, pues, elevarse al estado de impresión, é inversamente, ésta puede disminuir hasta convertirse en simple sensación.

IV

Restáanos señalar un tercer grupo de impresiones, las más elevadas, las más nobles, las más humanas, aquellas á que se refiere Aristóteles al escribir: «Cada sen-

tido tiene su placer; lo mismo sucede con el pensamiento y la imaginación. Su actividad más perfecta es la más agradable; y la más perfecta es aquella que se ejerce sobre el objeto que mejor le conviene.»

Verdaderamente todo se encuentra en la máquina humana. Las más elevadas facultades del *homo sapiens* no existirían si las funciones esencialmente vegetativas no les sirvieran de apoyo, de fundamento; pero estas últimas y las impresiones á que dan origen, son comunes al hombre y á los animales, hasta á los menos elevados en la serie. El placer intelectual es verdaderamente tan superior al placer genésico, como lo es el cerebro, en buena jerarquía orgánica, á los órganos de la generación. Pero tratemos de definir las aristocráticas impresiones de que venimos ocupándonos.

Hemos visto al hombre recibiendo el placer ó el dolor del juego más ó menos perfecto de las funciones de la vida orgánica; después, de las reacciones del mundo exterior sobre sus órganos. Pero cerremos en cuanto sea posible las puertas de la sensibilidad especial; aislémoslos por completo de todo ruido, de todo contacto; rehuyamos hasta los beneficiosos efluvios de la luz. ¿Estaremos, acaso, entonces, al abrigo de los ataques del dolor y de los estremecimientos del placer? No, puesto que continuaremos viviendo por el funcionamiento de los órganos intelectuales. Mil impresiones de dicha, de dolor, podrán agitarnos todavía y hacernos gozar ó sufrir. ¿No nos quedan, acaso, nuestras pasiones? A veces bastan puras concepciones intelectuales para hacernos dichosos ó desgraciados, hasta el extremo de que estas *impresiones*, puramente cerebrales, agitando todo nuestro ser, perturban, trastornan, las funciones de la vida nutritiva.

Las dos precedentes clases de impresiones son comunes al hombre y á la mayor parte de los animales; estas últimas no existen sino en los animales superiores y, sobre todo, en el hombre.

Las impresiones cerebrales tienen el carácter de no ser nunca localizadas. Nacen, viven y mueren en los centros nerviosos; digamos más, en los hemisferios cerebrales. No tienen absolutamente en cuenta la sensibilidad general, como sucede en ciertas impresiones nutri-

tivas ni la sensibilidad especial, como acontece en las sensitivas.

Examinando atentamente la importante clase de las impresiones cerebrales, la creemos divisible en dos sub-clases. En efecto, ciertas impresiones están íntimamente enlazadas á nuestras relaciones sociales, á nuestras afecciones naturales; pertenecen, aunque indirectamente, al mundo exterior; como el placer que experimentamos al ver á un amigo, á nuestros hijos, á un ser cualquiera que amemos, etc. Pero hay otras impresiones que se deben únicamente al juego de nuestras facultades intelectuales. A esta sub-clase pertenecen el goce del sabio meditando y resolviendo un problema científico, el de un hombre de genio encarnizándose en la persecución de una gran idea. A estas impresiones, esencialmente nobles, les reservamos la calificación de *intelectuales*; á las primeras, la de impresiones *morales*. Un joven experimenta un placer moral al verse amado de la mujer que adora, mientras que Guttenberg, contemplando su primera prueba, se encuentra deliciosamente conmovido por un goce intelectual. Todo hombre inteligente ha sentido el placer del trabajo intelectual, el mayor de los placeres, aquel de que Esteban Dólcet, glorioso mártir de las preocupaciones de su época, decía: «No es posible imaginarse cuánta paciencia, cuántas vigilias y sudores, me ha costado la redacción de mis Comentarios (de la lengua latina). ¡Cuántos días transcurridos, cuántas noches devoradas! ¡Qué de veces he tenido que abstenerme de comer y dormir! ¡Qué digo? He necesitado privarme de todo descanso, de toda distracción, del trato de mis amigos, de cualquier pasatiempo, en una palabra, del uso mismo de la vida; pero tenía ante mis ojos, como una consoladora perspectiva, la posteridad, tan digna de respeto; soñaba en la eternidad de mi nombre.»

Que la distinción es un poco sutil, no lo negamos; sin embargo, la creemos fundada. Estas impresiones no tienen siempre el mismo matiz, y aunque la mayor parte de los hombres pueda sentir las unas y las otras, por motivos de una importancia variable, no obstante, las impresiones intelectuales típicas, las que pueden servir de base á una pasión asimismo típica,

son patrimonio de un pequeño número de hombres, los más grandes de su raza, los pilotos de la humanidad en las sendas no exploradas aún de la ciencia y de la poesía. Creemos poder colocar en la categoría de las impresiones intelectuales las que debieron experimentar Homero, Dante, Shakespeare, Valmiki, cuando embriagados de un divino entusiasmo pudieron encarnar sus ideas en expresiones vivas y apasionadas.

V

Las páginas que anteceden no contienen más que el bosquejo rudimentario de un estudio que suministraría materia para un volumen. Para estudiar por completo la impresionabilidad, sería necesario examinarla en toda la escala animada, precisar cuál es el grado de perfección en el que el ser se halla dotado de la conciencia de las impresiones, y por consiguiente aquel en que cesa de ser un agregado celular, del todo comparable al vegetal, para elevarse á la dignidad de ser animado. Sería preciso mostrar la impresionabilidad, puramente nutritiva en un principio, convirtiéndose sucesivamente en sensitiva y después especialmente en cerebral. Sería asimismo menester observar al hombre desde su nacimiento, seguir en él las diversas fases de una evolución análoga á la de la impresionabilidad, mostrarle educándose, depurándose á medida que su cerebro crece y se perfecciona; descendiendo después la escala en sentido inverso á medida que el ser, el cerebro, después de haber alcanzado el apogeo de su desarrollo, se inclina hacia una decadencia sumamente rápida.

Pero nuestro único objeto es mostrar cuál es el terreno sobre que reposa el edificio de las pasiones, de los deseos humanos, y este terreno es el atractivo del placer, la repulsión del dolor, es decir, la impresionabilidad. Helvecio, al dar el interés como móvil de las acciones humanas, no vió más que un lado de la verdad. El interés, tal como él lo comprende, casi no es más que la pura y simple satisfacción de las necesidades groseras, el placer, producto de los sentidos, de los cinco sentidos clásicos y el sentido genésico. Base incompleta, por cierto y justamente criticada. Helvecio omitió la

importante clase de las impresiones puramente cerebrales, es decir, el lado más elevado, más noble, más puro del placer. Placer desprendido en cuanto es posible del mundo y de esta pobre materia tan injustamente desdenada; placer lo bastante purificado para que al experimentarlo, haciendo completa abstracción de los órganos, se le pueda espiritualizar. Pero el hombre moral no puede hacer abstracción del organismo, y tras el sacrificio más espontáneo, más desinteresado, tras la aparente abnegación del sabio, del hombre de genio sacrificándose sin titubear á una gran idea, no se puede menos de reconocer un inmenso placer moral ó intelectual, tanto más vivo, tanto más grande, cuanto más elevado, más noble, más difícil sea el acto.

Acabamos de examinar los tres modos generales de la impresionabilidad y hemos resueltamente trazado sus límites, pero la naturaleza no es absoluta, como nuestras clasificaciones, y la observación nos enseña que raras veces la impresionabilidad es aisladamente afectada en cada uno de sus modos. Por ejemplo, el malestar nutritivo prodrómico de una enfermedad va acompañado generalmente de una impresión moral de tristeza, de fastidio. La impresión sensitiva agradable producida por una bella melodía, produce en nosotros, estimulándonos ciertas facultades, un estado de emoción, una impresión moral más ó menos caracterizada. En general, el sufrimiento físico y el moral se engendran recíprocamente. No obstante, la impresión simple, aislada, es observable. Citaremos como ejemplos de ello: en el modo nutritivo, la fatiga producida por una marcha forzada; en el modo sensitivo, la impresión producida por un sabor amargo, el ruido estridente de una sierra, de una lima. Por lo que respecta á ejemplos de impresiones morales ó intelectuales aisladas puede el lector cerciorarse de ellos, si tiene la paciencia de practicar durante veinticuatro horas el *ghnothi seauton* socrático.

CAPITULO II

DESEO Y VOLUNTAD

«Todo demuestra que, en todos los estados de la vida, no se ha supuesto otra libertad que la de poder ser determinado y la de determinarse uno mismo por los motivos mas poderosos»

GALL, *Funciones del cerebro*, t. 1.º, p. 288.

Buscar aquello que nos place, evitar lo que nos disgusta: he ahí la historia compendiada de la vida humana. Pudiendo, generalmente, decirse que el hombre no es libre de dejar de buscar aquello que más le gusta, debemos deducir la conclusión absoluta de que el hombre es el esclavo dócil de sus impresiones y pasiones. Gravísima cuestión que la humanidad agita, sin haberla resuelto, desde que tiene conciencia de sí misma.

No trataremos, pues, de eludir el obstáculo por medio de sutiles distinciones. Sí; rigurosamente hablando, el libre arbitrio es una quimera. Todo ser organizado no es más que un hecho parcial, perdido en la inmensidad del mundo y arrastrado por la grande, por la fatal corriente de las leyes inmutables del universo. Necesariamente y bajo pena de muerte, nuestra organización debe modelarse en el medio en cuyo seno nos hallamos y del que tomamos continuamente los materiales necesarios para la vida. De esta organización fatalmente determinada y variable solamente dentro de tan estrechos límites, resultan funciones, necesidades y facultades forzosamente correlativas. No depende de la voluntad del hombre el ser negro, blanco ó mongol y,

no obstante, la especie en que le haya hecho nacer la naturaleza será la que determine su manera de pensar y sentir, y por consiguiente, de desear y obrar.

Pero el deseo, que, como ya sabemos, no es más que la fórmula de la necesidad orgánica, tiene numerosa variedad de matices. El hombre experimenta necesidades nutritivas, sensitivas y cerebrales: esas tres grandes fuentes que crea simultáneamente y sin cesar un numeroso enjambre de deseos que á menudo se contrarian y combaten. La dificultad está reducida casi á un simple problema de mecánica: el paralelógramo de las fuerzas. *Todo sér, lo mismo que todo cuerpo que sufra atracciones múltiples y de intensidad variable, obedece á su resultante* cuyo sentido está principalmente determinado por la fuerza que predomina.

No; el hombre no es libre, pues para serlo debería abstraerse metafísicamente de lo que constituye su ser. Pero ya me imagino oír el atronador clamoreo que levantan los defensores de las rancias preocupaciones religiosas y sociales. ¡Que el hombre no es libre! No conocéis, dicen, que al romper el poderoso freno del libre albedrío, que ha edificado el unánime consentimiento de la humanidad, dáis rienda suelta á todas las inclinaciones brutales; que una vez se haya convencido el hombre de su irresponsabilidad, va á encenagarse en el vicio y á revolcar por el fango todo lo que hoy respeta, todo lo que admira: la santidad de los lazos sociales, de la moral y de la familia.

Este razonamiento, como la mayor parte de los que que están basados en la metafísica y la religión, parecen hechos á propósito para enorgullecernos, para justificar las esperanzas que abrigamos para el porvenir.

Esta filosofía, propia de los antiguos tiempos, ha sido evidentemente creada para aquellos seres groseros bastante próximos aún á la bestialidad, en quienes el mutismo de las nobles necesidades intelectuales y morales deja el campo libre á las groseras inclinaciones del bruto; para estos hombres, á lo menos para los que crearon la moral primitiva, es evidente que los solos bienes verdaderos, los únicos deseables, son la satisfacción, hasta la saciedad, del hambre, la sed y los deseos voluptuosos. Para ellos todas las necesidades

son abominables; el cerebro les está sometido humildemente. Por esto la sanción de su moral es terrible y sensual en extremo, un castigo sangriento, atroz, en este mundo y en el otro.

Admitamos con Spinoza y con el buen sentido que una sola pasión puede dominar fácilmente otra pasión. De ahí deriva una consecuencia, que debería servir de regla fundamental en educación y en legislación, y es, que para sujetar las pasiones perniciosas para el individuo y la sociedad, es menester producir impresiones bastante fuertes para engendrar deseos que obren en sentido inverso de la pasión que se trata de vencer; de donde toma origen la idea del castigo, la cual produce una impresión de miedo, de terror. De ahí dimana la necesidad de penas tanto más severas, tanto más terribles, cuanto menos inteligente sea el ser á quien se hayan de aplicar.

Pero no acusemos al pasado con exceso. Hoy sentimos un vivo sentimiento de horror al imaginarnos los atroces suplicios de las civilizaciones primitivas: el lecho de hierro enrojecido al fuego en el cual Manú acostaba á la adúltera, el descuartizamiento de la Edad Media, etc., pero estas atrocidades quizá eran necesarias para obrar sobre el cerebro de seres mucho más rudos, más violentos, más próximos al estado de animalidad.

Pero tratándose de seres algo más perfeccionados en los que han crecido y florecen las tendencias morales y la inteligencia, los castigos deben mitigarse cada vez más.

El ser no es solamente susceptible de terror, todavía es capaz de sentir piedad, caridad, lealtad y remordimientos; tiene un verdadero placer en ser útil á sus semejantes; su desgracia le apesadumbra, su dicha le alegra; lleva en sí mismo las Eumenides vengadoras, y esto puede servir de base á una regla de conducta enteramente nueva, mucho más dulce, puesto que, cometer una acción perjudicial á los demás, ya lleva en sí, de rechazo, el dolor y los remordimientos.

El hombre es un ser eminentemente perfectible; y esta cualidad puede todavía acrecentarse por la educación. En lugar, pues, de forjar penas en este mundo y en el otro; en vez de patrocinar viejas ficciones filosófi-

cas; ruinosos diques, insuficientes para contener las tormentosas olas del pensamiento, procuremos desarrollar el cerebro y la inteligencia, por un sistema de educación que, obrando sucesivamente sobre una serie de generaciones, acabe por transmitir de unas á otros las aptitudes morales útiles al bien general, y acabaremos de una vez con los cadalsos.

El hombre tiene necesidades nutritivas, sensitivas y cerebrales, y ya hemos visto que estas necesidades resuenan en nuestra conciencia con tanta menos fuerza cuanto mayor es la distancia que les separa de la nutrición. El hambre se deja sentir, por cierto, con mayor violencia que el deseo del estudio.

Esta vaga fórmula de las necesidades cerebrales, es la que produce en nosotros la ilusión del libre albedrío; y aquí debo tenerme por muy dichoso en ceder la palabra á un eminente filósofo: «La criatura que mama cree desear libremente la leche; el niño irritado la venganza, como se cree asimismo libre al huir cuando está asustado. El hombre ebrio cree pronunciar, según una libre decisión de su espíritu, palabras que no quisiera nunca decir en estado de lucidez. El delirante, el hablador, el niño y demás gente parecida, creen hablar libremente, siendo así que no pueden contener el arrebatado de su palabra. La experiencia nos enseña, tan claramente como la razón, que la convicción del libre albedrío existe en el hombre únicamente porque este tiene conciencia de sus acciones y nunca de las causas que las determinan; por consiguiente, los supuestos decretos del espíritu, no son más que los apetitos necesariamente variables, según las diversas disposiciones del cuerpo. Quisiera, sobre todo, hacer resaltar este otro hecho: para realizar un acto, según una decisión del espíritu, es necesario recordarlo. Por ejemplo, no podemos pronunciar una palabra más que á condición de recordarla. Ahora bien, no depende del libre poder del espíritu recordar una cosa ú olvidarla. Únicamente es de su dominio la resolución de callar ó decir aquello de que se acuerda. Pero cuando soñamos que hablamos, creemos hacerlo según una decisión libre y, sin embargo, nada decimos; y si hablamos lo hacemos solamente por un movimiento espontáneo del cuerpo. Finalmente, creemos

hacer en sueños, por una decisión del espíritu, cosas que despiertos no osáramos realizar. Quisiera saber si este tiene dos géneros de decisiones, fantásticas las unas, libres las otras... Los que creen, pues, hablar, callarse ó hacer cualquiera cosa según una libre decisión del espíritu, esos sueñan con los ojos abiertos (Spinoza).»

Hablando rigurosamente, el hombre no es libre; solicitado sin cesar por simultáneos y numerosos deseos obedece al más fuerte, si bien teniendo conciencia de los demás, y he ahí por lo que se cree libre. Mas esta misma conciencia de la libertad la pierde cuando un deseo domina imperiosamente todos los otros. Todos sentimos que en los momentos de fuertes emociones, en el delirio de la cólera, en la embriaguez del entusiasmo, nuestra pretendida libertad se ha eclipsado completamente.

Pero volvamos á la distinción del deseo y la voluntad. Como toda distinción psicológica, es cuestión de pequeñas variantes. Hemos definido la *voluntad*, *el poder de hacer convergir todas las fuerzas del ser á un fin dado, cuando este poder obra con una aparente libertad*. En el caso contrario la voluntad toma el nombre de deseo. *El deseo es la evidente impulsión de la necesidad, resultante de un cierto estado del organismo que nos lleva á realizar un acto determinado, del cual resultará una impresión agradable. El verdadero deseo es la impulsión manifestamente irracional en su esencia; llevado al último grado, es irresistible; entonces, despota inflexible, dobléganse ante él todas las facultades, á las cuales obliga á obedecerle y servirle.*

Todas las necesidades en general, las cerebrales incluso, pueden dar nacimiento á fuertes, al par que verdaderos deseos. La voluntad propiamente dicha, es decir, el deseo en apariencia libre, depende casi exclusivamente de las funciones cerebrales. Es una decisión precedida de una deliberación. Teniendo el hombre poder de percibir las relaciones, compararlas entre sí y deducir de esta comparación relaciones nuevas, si verifica este trabajo intelectual con motivo de un hecho, un ser, una idea ó una situación, casi siempre da por resultado la previsión de un bien ó un mal; y el hombre

temiendo, naturalmente, al segundo, desea el primero, al cual no puede dejar de querer.

Hemos dicho, pues (y repetimos estas definiciones á causa de su importancia), que *el deseo es la impulsión francamente irracional; la voluntad, la impulsión de liberada.*

Ejemplo.—Un hombre perezoso *desea* naturalmente el reposo; mas si el razonamiento le muestra con evidencia que, sujetándose á vigiliias y estudios penosos alcanzará un bien cualquiera, al que tenga en mucha estima, *querrá* trabajar.

Segundo ejemplo.—Valgámonos de la forma rígida y matemática de que tanto ha abusado Spinoza

Sea un hombre dotado ó afligido de necesidades voluptuosas sumamente enérgicas. La vista de una mujer hermosa despertará en él, casi necesariamente, *el deseo* de poseerla. Pero si tiene desarrolladas sus facultades morales é intelectuales, podrá, por una parte, considerar los numerosos peligros, los inconvenientes de toda especie, á que le expone la prosecución de su deseo; por otra, la indignidad de su conducta siempre que, para llegar á poseer aquella mujer, le sea necesario traspasar los límites que, efecto de su organización ó de su educación, constituyen para él una ley moral. Si bien todo esto no le impide seguir *deseándola*, quiere evitar los males que entrevé en lontananza, por lo que se entabla una viva lucha entre *el deseo* y *la voluntad*, ó mejor aun, entre el deseo irracional de la voluptuosidad y el deseo fundado del reposo y la propia estimación.

CONDICIONES DE EXISTENCIA DEL DESEÓ Y DE LA VOLUNTAD

Para desear, casi basta con ser impresionable. Probablemente el recién nacido que llora en brazos de su nodriza, desea libertarse de su incómoda envoltura. Cuando más tarde, algunos años después, la memoria y la imaginación recuerden al niño las impresiones anteriormente sentidas, el deseo no será sino más violento; pero la existencia de estas facultades no le son enteramente indispensables.

¡Cuán diferente en cambio la voluntad! Para que

esta noble facultad exista, es necesario que el ser esté provisto:

1.º De la conciencia en todos sus modos (llamamos conciencia al sentimiento de lo que pasa en nosotros).

2.º De un conjunto completo de facultades.

La distinción del deseo y la voluntad resalta lo mismo del estudio del individuo que del hombre en general.

Dirijamos una ojeada en torno nuestro. Nada de voluntad en el niño: tiene tan sólo deseos breves; en el joven, voluntad débil, intermitente, subordinada al deseo: en este concepto, la mujer puede considerarse, generalmente, joven toda su vida. La voluntad en toda su plenitud, en toda su fuerza, no se encuentra casi más que en el hombre adulto, cuando su impresionabilidad se ha embotado, cuando, entibiadas las pasiones, de un orden inferior, sus facultades intelectuales han alcanzado el mayor apogeo.

El hombre que mejor sabe dominar sus tendencias brutales, es aquel en quien una larga educación individual y hereditaria ha desarrollado su inteligencia y su razón. El hombre del pueblo obedece, generalmente, sin resistencia, á la impresión, al deseo del momento. En las razas incultas, próximas todavía al estado natural, es en las que se observa mayor número de actos violentos, brutalmente apasionados. En las sociedades modernas, los crímenes disminuyen sin cesar á medida que el progreso intelectual avanza; en nuestra historia, la muerte, el rapto, la violación, etc., son tanto más comunes cuanto más nos remontamos al pasado. ¿Quién puede leer *Gregorio de Tours* sin horror? Y sin ir tan lejos, ¿qué asquerosa época puede compararse á aquella en que reinaron los hijos de Catalina de Médicis? Las crónicas italianas del siglo xv nos pintan al hombre como un animal enérgico, fuerte, bello algunas veces, pero siempre violento, instintivo é indomable. Este es, aun hoy día, el carácter dominante en el pueblo de ciertas provincias italianas, en la Romanía y las Calabrias.

En la humanidad, como en el individuo, la impresionabilidad decrece á medida que se avanza en edad; y el deseo, engendrado siempre por ella, sufre la misma

suerte. En la niñez, casi instantáneamente se desarrolla una serie completa de actos. Impresión, deseo, acto: tres hechos que no están separados por intervalo alguno apreciable; pueden considerarse como una verdadera detonación; el martinete cae, la pólvora se inflama, el proyectil parte. A medida que el hombre envejece y se calma, razona y prevé, el acto es más y más tardío; entre él y el deseo se cruza un intervalo, ocupado por el razonamiento, por la voluntad deliberada. Hay lucha, hay esfuerzo equilibrando el deseo primitivo; la pólvora arde mal; el proyectil no parte ya.

Si bien es cierto que esta tranquilidad no se obtiene más que á expensas de la fuerza, de la energía, debe, sin embargo, ser considerada como el termómetro del desarrollo intelectual. El hombre, primeramente pura máquina, animal, se convierte en más y más dueño de sí mismo, en señor de los otros, y hasta parece acercarse á aquel divino estado que no ha de alcanzar nunca; el de la libertad absoluta. En otros términos, cuanto más inteligente llega á ser el hombre, más prevé, tantos más *móviles tiene*, tanta más conciencia de las múltiples incitaciones que le solicitan, y, por consiguiente, tanto más delibera, acabando, no obstante, por ceder al móvil dominante, de cualquier orden que sea. Este es, sin embargo, más ó menos noble, según el grado de desarrollo del individuo ó de la raza. Así, en el hombre bien constituido, completamente desarrollado, el móvil moral ó intelectual subyuga generalmente á los demás sin que por esto sea más libre que aquellos.

LEYES

- 1.º El deseo es tanto más ardiente cuanto más viva es la impresionabilidad.
- 2.º La voluntad es proporcional á la rectitud de la razón, y está en relación inversa de la impresionabilidad.

CAPITULO III

LA EMOCIÓN

I

Si tuviéramos la dicha de ser poetas, ¡qué conmovedores versos haríamos sobre la emoción! Arrebatáramos á nuestros lectores y por consiguiente acabarían por convencerse. Cuando se trata de obrar sobre los hombres, ¡cuánta más fuerza tiene la emoción que un frío razonamiento! Ved una convicción, inquebrantable en apariencia; mejor aun, una pasión egoísta como lo son todas. Sitiadla con todas las máquinas de guerra de la lógica; fracaso completo: la fortaleza es inexpugnable. Pero sed lo suficientemente dichosos ó lo bastante hábiles para provocar una emoción y os apoderáis por asalto de la plaza.

Desde el punto de vista fríamente psicológico, la poderosa fiebre de la emoción puede definirse una impresión moral viva con un numeroso acompañamiento de fenómenos psíquicos y físicos.

Tomemos un ejemplo poético apropiado al objeto. Asistimos á la representación por excelentes actores de un drama conmovedor, por ejemplo, el admirable *Otello* de Shakespeare. Cada vez más cautivados por el interés siempre creciente de la acción, vemos al terrible moro próximo á ahogar á Desdémona. Por una sucesión de operaciones cerebrales, tan rápidas que apenas tenemos conciencia de ellas, la idea de esta joven, bella é inocente, que va á morir asesinada, remueve todas las fibras de nuestro cerebro. Sin embargo, no somos el juguete de una ilusión completa; pero la idea de esta horrible situación, de su posibilidad, basta para desper-